

MUÑOZ, Jacobo (ed.): *Melancolía y verdad. Invitación a la lectura de Th. W. Adorno*, Madrid: Biblioteca Nueva, 2011, 290 páginas.

A aquellos lectores menos versados en las diversas interpretaciones de las que ha sido objeto la obra de Adorno en nuestro país les sugiero emprender la lectura de este volumen colectivo con el último texto del apéndice con el que concluye el libro, “La recepción de Adorno en España”, de José Luis López de Lizaga. El motivo de dicha recomendación, que a algunos podrá parecer insólita, reside en la conveniencia de clarificar, de un modo ciertamente preliminar, el sustrato interpretativo común del que surgen la práctica totalidad de aportaciones recogidas en *Melancolía y verdad*, incluyendo también aquellas lecturas de autores alemanes invitados como Christoph Menke o Robert Zwarg. Una vez cuestionada la primera ola de la recepción de Adorno en España –y cabría decir también a nivel internacional–, muy condicionada por la lectura habermasiana del “cambio de paradigma” lingüístico y comunicativo en la Teoría Crítica, ha venido imponiéndose, no sin dificultades de distinta índole, una versión menos sometida al veredicto efectuado por la segunda generación de la Escuela de Frankfurt, sobre todo de Habermas, según el cual el pensamiento de Adorno vendría a equipararse a una suerte de irracionalismo comparable al de autores como Heidegger. Gracias a esta contextualización previa, el lector advertirá que en la actualidad la lectura prevaleciente sobre Adorno es una versión ya depurada de aquella primera lectura un tanto reduccionista de Habermas, encontrando ricos cauces de expresión en publicaciones como *Melancolía y verdad*. Se recogen aquí los textos presentados en las “Jornadas sobre Adorno” celebradas del 27 al 30 de mayo de 2008 en Madrid y Trujillo, organizadas por la Universidad Complutense, el Goethe-Institut y la Fundación Xavier Salas.

En *Melancolía y verdad* encontramos una exposición, actualización y reconsideración de los temas más relevantes en la amplia y rica reflexión filosófica de Adorno. Si bien filosofía moral, filosofía política, teoría del conocimiento y estética se compenetran e influyen recíprocamente en la obra de Adorno –sin olvidar el psicoanálisis, la sociología y la filosofía de la música–, su distinción temática puede sernos de utilidad para acercarnos a los textos aquí reunidos. La aportación a modo introductorio de Jacobo Muñoz señala dos cuestiones ineludibles que cualquier aproximación a Adorno debería tener en cuenta; por un lado, el análisis de la paradójica construcción del individuo en las sociedades modernas de capitalismo tardío, que en última instancia culmina en la instauración de una subjetividad cosificada y, por otro, el intento de elaborar una metafísica materialista consciente de ese “infierno real” que fue Auschwitz, reclamando por ello un nuevo

“imperativo categórico” de tipo negativo en oposición a aquellas metafísicas optimistas de la “positividad de la existencia”. Retomando la problemática del individuo, la primera reflexión planteada por Jacobo Muñoz enlaza con la contribución de Pablo López Álvarez en “Ocaso del individuo, recuerdo de lo vivo. Sujeto y naturaleza en Adorno”. Mediante una esmerada recopilación de fragmentos específicos de la obra de Adorno en los que parece abordarse dicha problemática en conexión con el vínculo entre “sujeto” y “naturaleza”, el autor penetra en los mecanismos de aniquilación del individuo en las sociedades contemporáneas, propiciados por procesos de racionalización social y cultural cosificadores de los que se deriva un incremento de los dispositivos de control psico-sociales, dando como resultado una regresión psicológica generalizada –una existencia sin yo– inseparable de una regresión colectiva. Autoconciencia, autodeterminación, constitución de sentido y experiencia (*Erfahrung*) se ven claramente limitados o impedidos. El marco social donde acontece este “ocaso del individuo” es el tránsito del capitalismo liberal al capitalismo tardío de tipo monopolista, donde la aclamada autonomía de la subjetividad propia del capitalismo liberal llega a su fin. Sin embargo, Adorno no se deja cautivar por los cantos de sirena procedentes de la individualidad burguesa liberal y sus indicaciones para revertir la situación van orientadas a establecer una lograda relación entre individuo y sociedad, incompatible con un retorno hipotético a la individualidad autónoma del liberalismo. Como corolario a la hegemonía de la razón instrumental, surge una “adaptación a lo muerto” a la que Adorno contrapone una controvertida “rememoración de la naturaleza en el sujeto”, la cual hay que interpretar, siguiendo a Pablo López Álvarez y fijando la atención en determinados pasajes de *Dialéctica Negativa* y *Minima Moralia*, en sentido materialista. Esta materialidad es inseparable de la continua apelación adorniana a conceptos como autorreflexión, cuerpo, dolor, sufrimiento, negatividad y diferencia, pues sólo la atención a lo somático permite una visibilización de la dominación en la corporalidad de los individuos.

Quisiera agrupar ahora aquellos artículos que abordan de modo explícito la dimensión moral presente en la obra de Adorno. Me refiero a los escritos de Christoph Menke y José Luis López de Lizaga aunque también, de modo más indirecto, a los de Germán Cano, Marta Tafalla y Robert Zwarg. Numerosos críticos han resaltado a menudo la carencia de una teoría sobre la “vida buena” en la filosofía de Adorno, motivo por el cual podrían invalidarse también sus “reflexiones desde la vida dañada”. Consciente de las advertencias de Adorno acerca de la falta de

condiciones para que pueda realizarse siquiera algo “bueno” en nuestro modelo societario, Menke propone buscar en el lugar idóneo los fundamentos normativos de la filosofía moral de Adorno. Es sabido que en *Dialéctica de la Ilustración* Adorno y Horkheimer formulan una crítica a los conceptos de sujeto y razón heredados de la Ilustración: la razón del sujeto no es omniabarcadora y si bien éste pudiera estar capacitado realmente para lo bueno o la verdad, cosa que Adorno pone en duda, ello no significa que acierte o tenga la posibilidad de lograrlo. Contra el optimismo del espíritu kantiano, que condiciona la buena consecución de bienes morales a la preexistencia de un sujeto en libertad con el suficiente poder y bienes materiales para acertar, Adorno esgrime la “posibilidad del absurdo”, del desfase entre la idea de la acción buena y su vetada posibilidad fáctica. Ninguna “razón subjetiva” permite conquistar el bien por sí sola, su logro depende más bien de una esperanza ajena al poder del sujeto pero que sin embargo impulsa su praxis como experiencia del acertar. Menke concluye su ensayo apuntando que la vía para encontrar una respuesta acorde a la concepción de Adorno sobre la “vida justa” deberá buscarse con más certeza en la experiencia del arte.

Después de constatar la negatividad inherente a la teoría moral de Adorno, (“No hay vida correcta en la vida falsa”), J. L. López de Lizaga se ocupa, de modo semejante a como lo hace Menke, de las críticas de Adorno a Kant, especialmente al primado de la razón práctica y a la supuesta correspondencia, de suyo necesaria en Kant, entre la conciencia moral y la corrección de la acción. Recurriendo a la teoría psicoanalítica freudiana, Adorno incluso asimilará las intuiciones morales inmediatas kantianas con la interiorización de los imperativos funcionales de la sociedad. Otro argumento destacable son los elementos comunes que J. L. López de Lizaga entrevé entre la crítica adorniana de la conciencia moral kantiana y la ética del discurso. A su juicio, ambas compartirían una concepción “solidaria” de la conciencia moral, una “autocomprensión moral del individuo que incorpora las necesidades e intereses de los otros” (p.180).

Por su parte, Germán Cano hace una lectura del antisemitismo moderno sin descuidar la influencia decisiva de *La genealogía de la moral* nietzscheana –en concreto la categoría de “resentimiento”–, la teoría psicoanalítica freudiana y la recepción crítica de la dialéctica del amo y del esclavo hegeliana en los análisis de Adorno sobre el fenómeno. La “lógica del resentimiento” como “hechizo” mítico permite explicar el antisemitismo a partir de dinámicas psico-sociales propias de la subjetividad burguesa como las tensiones entre esfera pública y privada, tan bien ejem-

plificadas en la película *El ángel exterminador* de Buñuel, que propiciaron la consolidación del antisemitismo entre las clases medias alemanas. Estos análisis arrojan nueva luz en el estudio de los nexos entre “liberalismo”, “sociedad burguesa” y estructuras de “carácter autoritario” o “sodomasoquista” (E. Fromm). El resentimiento del antisemitismo vendría a ser “un rebrote de lo arcaico dentro de los procesos de la propia civilización” (p.122), “una situación genuinamente moderna de malestar civilizatorio surgida de la reacción defensiva de una subjetividad herida.” (p.128).

Marta Tafalla ha enfatizado en su obra la consideración de la filosofía de Adorno como una filosofía de la memoria. En esta ocasión la autora indaga la relación entre arte y memoria con la *Teoría estética* de Adorno como telón de fondo. El “arte anamnético” es aquel cuyas obras conservan la memoria histórico-colectiva del dolor y las injusticias. Como ya se ha mencionado en la reseña sobre el texto de Jacobo Muñoz, Adorno apela a un imperativo moral negativo que para Tafalla es también inseparable de la memoria. Este “imperativo de la memoria”, tan alejado del imperativo eterno-atemporal de Kant, pretende impedir, a través de la trabazón indisoluble entre pasado y futuro, la repetición del mal (Auschwitz). El arte tendría en Adorno la capacidad de conservar la memoria del mal, pero para tal propósito debe evitar toda estetización del dolor y la injusticia, empleando una forma negativa (no placentera) que no traicione el contenido de la obra. Finalmente, el artículo de Robert Schwarz examina la postura ambivalente de Adorno respecto al Derecho, oscilando entre la crítica de la izquierda marxista al mismo (baste recordar la *Teoría general del derecho y marxismo* de Pashukanis) por su carácter formal, “hechizante” y fetichizado, y su defensa, en verdad vacilante, del derecho en conexión con el intercambio. La “abstracción” universalista y formal del derecho en las sociedades burguesas es, a fin de cuentas, un correctivo opuesto al particularismo violento del nacionalsocialismo.

No menos relevantes son las implicaciones políticas emanadas del conjunto de la obra adorniana. De esta dimensión política se hacen cargo los textos de José A. Zamora, Torben Lohmüller y José María Ripalda. En “Th W. Adorno. Crítica inmanente del capitalismo”, José A. Zamora resalta el vínculo, en ocasiones velado o ignorado, entre la filosofía de Adorno y la crítica de la economía política marxiana. Esto le sirve para poner en entredicho el funcionalismo habermasiano en relación a la autonomización de la objetividad social, hipostasiada y cosificada en el concepto de “sistema”. A partir de su modelo de sociedad dual Habermas deriva una concepción de la “colonización del mundo de la vida” por parte de los

imperativos sistémicos dinero y poder que, según Zamora, impide una identificación de esa diferenciación sistémica con una “inversión objetiva” (p.75). La visión optimista y afirmativa de la sociedad, que concibe cierta autonomía al “mundo de la vida” respecto del “sistema” (y viceversa) parece no tener en cuenta las múltiples formas de interrelación existentes, de las que resultaría no un modelo social dual, sino un único modelo altamente heterogéneo y complejo. Un análisis en profundidad de las dinámicas contemporáneas del capitalismo requiere de una teoría general del capital que consiga desentrañar la apariencia real objetiva del sistema. Siguiendo a Marx, Adorno opta por una crítica del intercambio y la producción de valor capitalista para llevar a cabo un cuestionamiento de la autonomización de la síntesis social totalizadora y del principio de identidad, de esa objetividad heterónoma como “inversión objetiva”. En dicha crítica la categoría de “sufrimiento” adquiere un papel preponderante. Tanto el marxismo tradicional como la teoría de sistemas de Habermas conciben la relación capital-trabajo de un modo externo, una visión muy distinta de la crítica inmanente y la dialéctica negativa de lo no-idéntico adornianas. Pero Zamora advierte que, contrariamente a las interpretaciones deleuzianas de M. Hardt y A. Negri (diferencia sin negación), en Adorno “lo no-idéntico sólo existe en la forma de su negación” (p.94). Torben Lohmüller también pone en diálogo a Adorno con Hardt y Negri en su ensayo “Adorno en el Imperio. Ontología y Teoría crítica”. Aunque Adorno rebate en numerosas ocasiones la ontología, fundamentalmente en *Dialéctica Negativa*, y Negri, en cambio, reclama una nueva ontología revolucionaria (junto con la llamada “Neo-Left Ontology”), ambos prestan una atención especial a lo somático y lo afectivo. Como ya apuntaban en sus artículos José A. Zamora o Pablo López Álvarez, en Adorno esa atención a lo somático viene a través del “sufrimiento” y en Negri y Hardt a través de la “alegría rebelde”. La diferencia esencial radicaría en que mientras para Adorno lo no-idéntico está exento de positividad alguna, en Negri y Hardt la “alegría rebelde” alude a afectos de tipo positivo. Por último, José María Ripalda realiza un oportuno ajuste de cuentas con Adorno, a nivel personal y político, con el trasfondo de la revuelta estudiantil de los años sesenta del pasado siglo. Tal como argumenta en “Lo político imposible”, la oposición de Adorno a la filosofía de la historia hegeliana se acompaña de un rechazo a todo activismo y, a su vez, de una discutida apuesta por una resistencia anclada en el valor del “pensamiento”.

Mención aparte merece la aportación de Eduardo Maura Zorita donde el autor discute la teoría del conocimiento adorniana en su totalidad, esto es, desde su

estudio sobre *Kierkegaard* (1929) hasta su *Teoría estética* (1970). El texto pone de relieve la crítica de Adorno al trascendentalismo kantiano, al puro conocimiento situado más allá de su objeto y al voluntarismo ciego, a la praxis entendida como practicismo ateorético o antiteorético. Para Adorno el objeto de la teoría es la realidad no-intencional a la que corresponde un concepto de verdad no proposicional, verdad a la que no se llega a través de enunciados lógicos ni científicos. No obstante, la verdad tampoco puede tener un fundamento ontológico-existencial (Kierkegaard, Heidegger...) porque la verdad recibe su sentido en la historia. Los conceptos de existencia y situación kierkegaardianos culminan en una ontología que viene caracterizada críticamente por Adorno como una “interioridad sin objeto”. La teoría del conocimiento autorreflexiva y no-formalista de Adorno, la filosofía entendida como hermenéutica material, hace justicia tanto al sujeto como al objeto, que son conservados en su especificidad constitutiva, sin síntesis dialécticas forzadas.

Con la panorámica lograda al finalizar la lectura de las distintas aportaciones que conforman este volumen, más de un lector se hallará en condiciones de sostener que el séquito lukácsiano, e incluso ciertos sectores ilustrados excesivamente optimistas, tan proclives a interpretar de modo unilateralmente crítico el conservadurismo cultural de Adorno vinculándolo, sin alternativa posible, al distanciamiento pesimista del autor respecto de toda praxis política o moral, deberían empezar a reconsiderar algunas de sus posturas, y a admitir, al menos, que la proyección y pertinencia político-moral de Adorno es en la actualidad, y gracias a debates como los que nos ocupan en esta obra, más relevante incluso que la del propio Lukács y comparable a la de Habermas. Quizás el “Gran Hotel Abismo” nunca llegara a inaugurarse ni a hospedar realmente a Adorno y, en cualquier caso, nada hace presagiar una próxima apertura de sus puertas en la que pudieran o quisieran encontrar cómodo aposento aquellos autores que cabe reivindicar como herederos del pensamiento adorniano en su plena coherencia, situados más allá y en franca oposición a la celebrada recepción posestructuralista de Adorno, a las lecturas en clave irracionalista propiciadas por Habermas y/o a las recepciones descafeinadas ajenas al fuerte vínculo existente entre Adorno y Marx.

Jordi Magnet Colomer
jordi.magnet@gmail.com